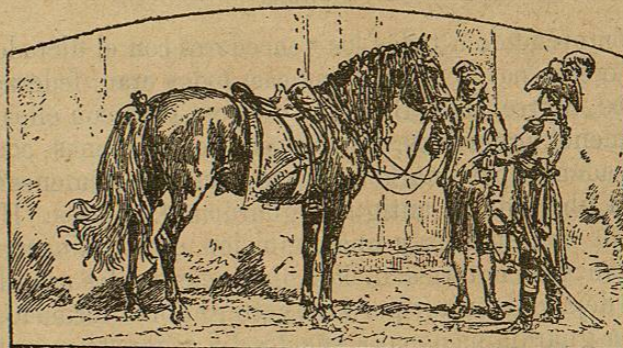


Agosto no era, como tanto se ha dicho, una banda de bandidos, de bárbaros. Era el pueblo entero: sin ninguna duda se hallaban allí reunidos todos los caracteres, todas las condiciones, todas las naturalezas. Allí se encontraron las pasiones más furiosas; pero nada indica que en aquel momento de exaltación heroica se mostraran en nadie las pasiones bajas ó las innobles. Hubo muchos actos magnánimos. Y la conmovedora frase del panadero que citamos al principio de este capítulo, demuestra suficientemente que el peligro, que con tanta frecuencia hace feroces á los hombres que lo afrontan por vez primera, no había apagado de ningún modo en el corazón de los asaltantes los sentimientos de humanidad.

Una escena extraordinaria, patética en sumo grado, se desarrolló en la Asamblea nacional. Que pase á la posteridad, para atestiguar eternamente la magnanimidad del 10 de Agosto, del noble genio de la Francia, que conservó aun en medio de los furores de la victoria.

Un grupo de vencedores penetró en la Asamblea confundido con los suizos. Uno de ellos tomó la palabra: «Cubiertos de sangre y de polvo, con el corazón traspasado de dolor, venimos á depositar en vuestro seno nuestra indignación. Desde hace mucho tiempo una corte pérfida ha preparado la catástrofe. No hemos podido penetrar en este palacio si no pasando por encima de nuestros hermanos asesinados. Hemos hecho prisioneros á estos desgraciados instrumentos de la traición; muchos de ellos han rendido las armas: contra ellos solo emplearemos la generosidad (se arroja en brazos de un suizo, y por el exceso de la emoción se desmaya; los diputados le auxilian. Entonces recobra el uso de la palabra:) Necesito una venganza. Ruego á la Asamblea que me permita llevarme á este desgraciado; quiero darle habitación y mantenerle.»



CAPITULO VIII

El 10 de Agosto en la Asamblea.—Lucha de la Asamblea y de la Comuna. (Fin de Agosto).

Los vencedores del 10 de Agosto, federados, guardias franceses, etc.—Theroigne de Mericourt — Asesinato de Suleau.—Impotencia de la Asamblea.—Inercia de los Girondinos durante la noche del 10 de Agosto.—El rey se refugia en el seno de la Asamblea.—Dos pánicos en la Asamblea.—El rey, no teniendo ya esperanza, hace cesar el fuego.—La Asamblea ofrece á la monarquía una probabilidad de resurrección.—La Asamblea se anula á sí misma.—Desesperación de las familias de las víctimas del 10 de Agosto.—Desconfianza y furor del pueblo.—Peligros de la situación.—El rey es encerrado prisionero en el Temple.—La Comuna exige la creación de un tribunal extraordinario.—Influencia de Marat sobre la Comuna.—Creación del tribunal extraordinario (17 de Agosto del 92). Peligros que amenazaron á Francia; Longwy sitiado el 20 de Agosto.—Amenazas de Lafayette, su fuga.—Firmeza magnánima de Danton. Primeros movimientos de la Vendée.—El nuevo tribunal es acusado por la lentitud con que funciona.—Noticia de la toma de Longwy.—Fiesta de los muertos del 10 de Agosto.

No es fácil sondar el profundo volcán de furor de donde brotó el 10 de Agosto, enumerar las cóleras de todas clases amontonadas, aumentadas, mutuamente recalentadas por una fermentación tan terrible. Si no podemos detallar su fuerza y su violencia, enumeremos al menos, analicemos los diversos elementos, que amalgamados compusieron la ardiente lava.

El sufrimiento del pueblo, su dolorosa miseria fué el elemento más débil. Y sin embargo la miseria era extremada. Largo tiempo hacía que se habían consumido los últimos recursos; aunque el pan estaba barato, como el trabajo faltaba en absoluto, no había medio de comprarlo. La muerte en un camastro, en una bohardilla ignorada ó en la calle en una encrucijada, era la última perspectiva. Aquellas pobres gentes, casi sin armas y nada aguerridas entonces, no hicieron una gran cosa el 10 de Agosto; se limitaron á ir los primeros á los Tullerías; ellos recibieron la primera y mortífera descarga. Si no hubiera habido más que ellos no habría sido tomado el castillo.

Había otro elemento en el que la corte no pensaba; un elemento muy militar, que obró ciertamente de un modo más eficaz.

Se ha comprendido á todos los vencedores con el dictado de Marseleses; se ha creído por lo menos que casi todos eran federados de los departamentos, Marselleses, Bretones y otros. Pero con ellos iban otros hombres no menos aguerridos, tan furiosos por lo menos como ellos y exasperados además por una herida más reciente. ¿Quiénes? Los hijos mayores de la libertad, los antiguos guardias franceses. Había entre ellos jóvenes de una audacia y una ambición extraordinaria, varios de los cuales alcanzaron notoriedad. Por un momento, los guardias franceses se habían dejado debilitar por Lafayette, habían formado el núcleo, el nervio de la guardia nacional á sueldo. La conducta muy diversa de aquel cuerpo en la matanza del Campo de Marte (una parte hizo fuego y la otra se negó á disparar) dió mucho que pensar. En Enero, el ministro de la guerra, Narbonne, consiguió que fuesen asimilados á las tropas de línea, cesasen de recibir buena paga y no fuesen ya una tropa privilegiada. La mayor parte no aceptó este cambio y se dedicó á vagar por las calles, esperando los acontecimientos, mezclándose con los grupos, alentando á la guerra y al combate, dando seguridad al pueblo, comunicándole su espíritu militar. Una carta escrita un año después por uno de aquellos guardias franceses (que luego fué el general Hoche) dirigida á un periodista, carta altiva, amarga, irritada, describe á maravilla á aquella juventud, el espíritu soberbio que la animaba, su indignación violenta contra todo osbtáculo. Creeríase que fué la misma pluma que en Enero del 92 escribió el elocuente *Adiós de los guardias franceses á las secciones de París*. Aquellas filípicas militares están respirando el genio colérico que dió el golpe del 10 de Agosto.

Por la mañana uno de aquellos guardias franceses estaba en la terraza de los Fuldenses con la famosa amazona Theroigne de Mericourt. Estaba ésta con armas y se disponía á combatir; fué en efecto y se distinguió tanto que mereció una corona que le ofrecieron los vencedores. No eran todavía más que las siete ó las ocho, una hora antes del combate. Una falsa patrulla que acababa de ser detenida fué conducida á la terraza. Eran once realistas armados de trabucos que iban á reconocer los Campos Elíseos y los alrededores de las Tullerías. Había entre ellos varios hombres muy conocidos, muy odiosos, escritores violentos, designados como realistas largo tiempo hacía al rencor popular, entre otros el abate Bocejon, autor dramático, y Suleau el periodista, joven audaz, uno de los más furiosos agentes de la aristocracia. Suleau y Theroigne, el furor contra el furor, se hallaron frente á frente.

Suleau era odiado personalmente por Theroigne, no solamente por las burlas con que le había zaherido en las *Actas de los Apóstoles*, si no también por haber publicado en Bruselas uno de los diarios que aplastaron la Revolución de los Países Bajos y de Lieja, *El Somatén de los reyes*. La infortunada ciudad de Lieja, unánimemente francesa y que, en masa, hasta el último ciudadano votó su anexión á Francia, había sido libre dos años y acababa de caer de nuevo bajo la innoble tiranía del

clero por la violencia de Austria. Theroigne, en aquel momento decisivo no dejó de cumplir lo que debía á su patria. Pero fué espiada desde París hasta Lieja, y detenida por los austriacos á su llegada, acusada como culpable del atentado del 6 de Octubre contra la reina de Francia, hermana del austriaco Leopoldo. Conducida á Viena y puesta en libertad mucho después por falta de pruebas, volvía exasperada, acusando sobre todo á los agentes de la reina que la habían seguido y entregado. Escribió su aventura, iba á imprimirla, y había leído ya algunas páginas en los Jacobinos. El genio violento del 10 de Agosto vivía en Theroigne. Era una mujer audaz, galante, pero no una *perdida* como decían los realistas; no se había degradado de ningún modo. Sus pasiones más conocidas fueron por hombres enemigos del amor; la primera por un italiano castrado que la arruinó; luego por el abstracto, el seco, el frío Sieyes, por el matemático Romme, austero jacobino, preceptor del príncipe Strogonoff; Romme no se privaba de llevar á su discípulo á casa de la hermosa y elocuente patriota. El honrado Petion era amigo de Theroigne. Siempre, á pesar de alguna irregularidad que pudiera haber en su vida íntima, aspiró, en sus amistades, á lo más alto, á lo más puro; quería en los hombres lo que ella tenía, el valor y la sinceridad. Uno de sus biógrafos más hostiles confiesa que experimentaba aquélla el más profundo desprecio hacia la inmoralidad de Mirabeau, hacia su rostro de Jano. Y no demostró menos antipatía hacia Robespierre; detestaba su fariseísmo. Esta imprudente franqueza, que fué causa de una terrible aventura, se manifestó en Abril del 92. En aquella época en que Robespierre se desataba en calumnias, en denuncias sin pruebas, dijo con fiereza en un café «que le retiraba su estimación.» La frase, referida por la noche irónicamente en los Jacobinos por Collot d'Herbois, produjo en la amazona un exceso de furor. Estaba Theroigne en una tribuna, en medio de devotos de Robespierre. A pesar de los esfuerzos que hicieron para contenerla, saltó por encima de la barrera que separaba las tribunas de la sala, atravesó por entre aquella turba enemiga y pidió en vano la palabra; todos se taparon los oídos, temiendo escuchar alguna blasfemia contra el dios del templo; la pobre Theroigne fué expulsada brutalmente, sin ser oída.

Este insulto presagiaba otro más cruel, que la hirió de muerte. Después del 10 de Agosto y el 2 de Septiembre, Theroigne (complicada sin la menor prueba y contra toda probabilidad en este último suceso) se decidió con su violencia acostumbrada por el partido que censuraba á los asesinos de Septiembre. Aun era muy popular, amada y admirada por todo el pueblo por su valor y su belleza. Los montañeses idearon un medio para arrebatársela aquel prestigio, para envilecerla, cometiendo una de las violencias más cobardes que un hombre puede cometer contra una mujer. Se paseaba casi sola por la terraza de los Fuldenses; formaron un grupo alrededor de ella, cerraron el corro, la cogieron, la levantaron las faldas, y desnuda, entre las risotadas de la multitud la

azotaron como á un niño. Sus ruegos, sus gritos, sus aullidos de desesperación sólo sirvieron para excitar las burlas de aquella turba cínica y cruel. Cuando por fin la soltaron, la infortunada continuó sus rugidos; herida en su dignidad y en su valor por aquella bárbara injuria, había perdido la razón. Desde 1793 hasta 1817, durante aquel largo período de veinticuatro años (¡la mitad de su vida!), vivió loca furiosa, aullando como el primer día. Era un espectáculo que partía el alma, el ver á aquella mujer heroica y encantadora convertida en una fiera, golpeando los barrotes de su jaula, destrozándose ella misma y comiendo sus excrementos. Los realistas se complacían en ver en esto una venganza de Dios contra aquella hermosura fatal que embriagó á la Revolución en sus primeros días; agradecieron infinito á la brutalidad de los hombres de la montaña el que la inutilizaran así. Aun hoy, realistas y robespierristas están de acuerdo, después de haberla envilecido en vida, para envilecer su memoria.

He querido referir de una vez aquel destino trágico. Veamos el acto violento, culpable, por el que acaso mereció Theroigne aquel destino el 10 de Agosto. Tenía delante de ella á aquel Suleau tan detestado, al que consideraba como el más mortal enemigo de la Revolución en Francia y en los Países Bajos. Era un hombre peligroso, no tan solo por su pluma, si no por su valor, por sus infinitas relaciones en su provincia y en todas partes. Refiere Montlosier que Suleau, en un peligro, le decía:

«En caso necesario enviaré toda mi Picardía en vuestro socorro.» Suleau, prodigiosamente activo, se multiplicaba; con frecuencia se le veía disfrazado. Lafayette dice que le encontró así, saliendo por la noche del hotel del arzobispo de Burdeos. Disfrazado también, armado, en la misma mañana del 10 de Agosto, en el momento en que era más violenta la furia popular, cuando la multitud, ebria por adelantado con el combate que iba á entablar, no buscaba más que enemigos; cogido Suleau, podía darse por muerto.

Desmoulins, picardo como él y su compañero en el colegio de Luis el grande, había tenido un presentimiento de lo que iba á suceder, y ofreció á Suleau ocultarle en su casa. Pero este creía vencer y cayó en el lazo antes de empezar á combatir.

Si perecía, al menos no era Theroigne la que podía matarle. Las mismas burlas que él había publicado contra ella hubieran podido protegerle. Desde el punto de vista caballeresco, debía ella defenderle; desde el punto de vista que dominaba entonces, la imitación feroz de los republicanos de la antigüedad, debía herir al enemigo público, aunque fuese también su enemigo. Un comisario, subido en un caballete, intentaba calmar á la multitud; Theroigne le derribó, subió en su lugar y habló contra Suleau. Doscientos hombres de la guardia nacional defendían á los prisioneros; consiguieron de la sección una orden para que cesasen en su resistencia. Llamados uno á uno fueron degollados por la

multitud. Se dice que Suleau demostró mucho valor, se apoderó de un sable de los que le atacaban y trató de abrirse paso. Para exagerar el hecho, han querido suponer que la amazona (pequeña y endeble, á pesar de su ardiente energía) había acuchillado por su propia mano á aquel hombre de gran estatura, de un vigor y una fuerza multiplicadas por la desesperación. Otros decían que fué el guardia francés que llevaba á Theroigne del brazo el que le dió el primer golpe.

Este asesinato, cometido en la plaza de Vendome, ante la puerta de los Fuldenses, y casi á la vista de la Asamblea, patentizó de una manera terrible la impotencia de aquélla. Declaró por dos veces que los prisioneros se hallaban bajo la salvaguardia de la ley, y no la hicieron caso. Se estableció un precedente fatal, un prejuicio terrible, á saber: que el primer llegado podía, á despecho de las autoridades nombradas por el pueblo, representar al pueblo soberano en su función más delicada: la justicia. Esta justicia de combate, hecha en el momento de la batalla por el enemigo sobre el enemigo, va á reproducirse dentro de un mes, en Septiembre, sobre prisioneros desarmados.

La Asamblea estaba en entredicho lo mismo que la monarquía. La mayoría que acababa de absolver á Lafayette, había perdido, por esto mismo, en el concepto del pueblo, á la Asamblea. Verdad es que los Girondinos, por conducto de Brissot, habían atacado al general y podían lavarse las manos en aquella extraña absolución. Pero era muy evidente que creían poderse valer todavía de la monarquía; enemigos ó no de Lafayette, se parecían á él en esto: republicanos en principio, como él, pero como él realistas en política, no se diferenciaban más que en la extensión de los plazos que habían concedido á la institución real. Nada indica que tuvieran con la corte la menor relación directa. La famosa consulta dada al rey, según se dice, por Vergniaud, y copiada dócilmente por todos los historiadores, no es más que una burda ficción. Por muy ligeros que fueran los Girondinos, jamás hubieran dado semejante escrito contra ellos mismos. ¿Y á quién? á aquella corte que en las elecciones y en todas partes prefería sin dificultad á los más violentos Jacobinos. Hay una cosa evidente que hemos afirmado varias veces y que repétimos ahora: la corte, hasta el 10 de Agosto, en todas ocasiones consideró á los Girondinos como sus enemigos más peligrosos. Se hubiera fiado de Danton mucho mejor que de Vergniaud. Vergniaud, Brissot, Roland, Guadet, fueron objeto de un odio profundo. Les consideraba muy cerca del poder y capaces de conservarle. Hubiese preferido cien veces el triunfo pasajero de los violentos á la victoria de los moderados que en un plazo muy corto podían establecer la República.

Los Girondinos no se presentaron en la Asamblea la noche del 10 de Agosto. Había comenzado aquella á reunirse á eso de las doce y media, al ruido del somatén. Los pocos diputados que acudieron eran Fuldenses, y fueron para salvar la monarquía; se ve en el presidente que

eligieron: el Fuldense Pastoret. El referido Pastoret se eclipsó; entonces nombraron para que los presidiera á un diputado desconocido. ¿En dónde estaban entonces Brissot, Vergniaud, el pensamiento de la Gironda, su grande y potente voz? ¿dónde estaban? ¿qué pensaban?

Esperaban y se reservaban. Cosa que nada tiene de particular por otra parte, cuando vemos la vacilación de los actores conocidos de todos los partidos. Robespierre se abstuvo en aquella noche, de la misma manera que Vergniaud.

Evidentemente los Girondinos se reservaban el papel de mediadores; esperaban que la corte, aturdida por el eco de las descargas, iría á arrojarse en sus brazos.

La Asamblea poco numerosa que se reunió aquella noche, en ausencia de los grandes jefes de la opinión, demostró mucha prudencia. Sobre todo evitó el lazo que la tendían llamándola á palacio. Algunos miembros propusieron que en vez de ir ellos, fuera el rey á la Asamblea. La discusión, frecuentemente interrumpida, duró hasta la mañana; los Girondinos, avergonzados de su ausencia en semejantes momentos, acudieron al fin; á las siete ocupó Vergniaud el sillón.

Y fué para verse obligado á saludar el poder, poder desconocido misterioso, salido del volcan por la mañana, como para aplastar á la Asamblea: la Comuna del 10 de Agosto.

Un sustituto del procurador de la Comuna (¿no sería Danton? entonces se titulaba así) entró, con dos oficiales municipales, y notificó, sin preámbulos á la Asamblea nacional, que el pueblo soberano, reunido en secciones, había nombrado comisarios, *que ejercían todos los poderes*, y que como primer ensayo, habían tomado el acuerdo de suspender el consejo general de la Comuna.

Un miembro de la Asamblea propuso que se anulase todo, los comisarios y el acuerdo. Pero en el mismo instante otro miembro dijo prudentemente que era preferible una insinuación á un acto de violencia; que en caso de peligro era imprudente prescindir de los hombres útiles, y que en todo caso era preciso esperar ulteriores aclaraciones. La Asamblea decidió aguardar, lo cual era lo más fácil. Entre la victoria del realismo y la de la anarquía, entre el castillo y la Comuna, igualmente amenazada de ser devorada por las dos partes, respetó lo desconocido y guardó ante la esfinge un silencio de terror.

Y en aquel mismo momento en que no se atrevía á obrar ni á decidirse, por una extraña contradicción, las circunstancias reclamaban de ella, en cierto modo, la fuerza que ya no tenía.

En aquel momento fué cuando la pidieron que protegiese á Suleau y á los otros prisioneros; intentó hacerlo, y vió desconocida su autoridad (á las ocho). En el mismo instante la anunciaron también que el rey quería refugiarse en su seno. Contestó fríamente: «Que la Constitución le facultaba para ello.» Se pidió que se permitiese la entrada á la guardia del rey: temían que fuese asesinada si permanecía á la puer-

ta. Pero la Asamblea, al recibirla, se exponía á convertir su propia sala en un campo de batalla; se atuvo á la letra de la ley, que prohibía las deliberaciones entre bayonetas; fingió creer que aquella guardia iba allí á proteger á la Asamblea y declaró: «Que no quería más guardia que el amor del pueblo.»

En el capítulo precedente no hemos referido, cuando explicábamos la batalla, el viaje del rey á la Asamblea. Aquel viaje no era largo, pero parecía sumamente peligroso, dado el estado de irritación en que se encontraba la multitud. No lo era sin embargo: no sirvió más que para probar que ni la vida del rey, ni aún la de la reina, estaban de ningun modo en peligro.

Al partir probablemente el rey no estaba tranquilo. Se quitó el sombrero, que tenía una pluma blanca, y se puso otro que tomó á un guardia nacional. Las Tullerías estaban solitarias, cubiertas ya de hojas secas mucho antes de lo regular; el rey lo hizo notar: «Este año caen muy pronto.» Manuel había dicho que la Monarquía caería antes que las hojas. A medida que se aproximaban á la terraza de los Fuldenses, se distinguía una multitud de hombres y de mujeres muy animadas. A unos veinticinco pasos de la terraza fué una comisión de la Asamblea á recibir al rey; los diputados le rodearon, pero aquella escolta no bastaba para contener á algunos de los más violentos. Un hombre, desde lo alto de la terraza, blandía una pértiga de ocho ó diez pies de longitud: «¡No! no, gritaba, no entrarán; ellos son la causa de todas nuestras desgracias... ¡Es preciso que esto acabe!... ¡Abajo! ¡abajo!» Roederer arengó á la multitud; y viendo que el hombre de la pértiga no quería callar, se la arrancó de las manos y la tiró al jardín sin más ceremonia; el hombre se quedó estupefacto y ya no dijo nada.

Después de un momento de confusión originado por el barullo, al llegar la familia real al pasaje que comunica con la Asamblea, un guardia nacional provenzal dijo al rey con el original acento del Mediodía: «Señor, no tengáis miedo; somos buena gente, pero no queremos que nos hagan traición otra vez. Sed un buen ciudadano, señor... Y sobre todo no olvidéis el despedir del palacio á la clerigalla.»

Otro guardia nacional (algunos aseguran que el mismo hombre de la pértiga que parecía tan furioso) se conmovió al ver al delfín oprimido por la muchedumbre en aquel pasaje tan estrecho; le tomó en sus brazos y fué á colocarle sobre la mesa de los secretarios. Todo el mundo aplaudía.

El rey y la familia real se habían sentado en los asientos poco elevados que ordinariamente ocupaban los ministros. Dijo á la Asamblea: «He venido aquí para evitar un gran crimen...» Palabras injustas y duras que no estaban justificadas. La multitud había invadido el 20 de Junio las Tullerías, sin peligro para Luis XVI, y el mismo 10 de Agosto nada anunció que hubieran querido atentar contra su vida ni contra la de la reina.